



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Mariátegui y el hombre llamado indígena

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1994). Mariátegui y el hombre llamado indígena. *Cuadernos Americanos*, 6(48), 15-31.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 48, (noviembre-diciembre de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

MARIÁTEGUI Y EL HOMBRE LLAMADO INDÍGENA

Por *Leopoldo ZEA*
PUDEL, UNAM

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, al hablar del hombre que es la base de este subcontinente llamado Latinoamérica, habló del indio, del indígena y del indigenismo. Habló del hombre originario de esta región que a lo largo de una dolorosa historia acrecentó su identidad mezclándose con hombres de la casi totalidad del resto de la tierra, como en un gran crisol. “La suposición —escribe Mariátegui— de que el problema del indígena es un problema étnico se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista”. Dentro de este contexto es que se hace del indio, lo indígena o el indigenismo conceptos marginadores que, al marginar, justifican la explotación que se empezó a imponer al hombre con el cual se encontró hace quinientos años Cristóbal Colón. Colón habló de indios, porque esperaba encontrarse con las Indias, el Cathay y el Cipango, fabulosas regiones de las que habló Marco Polo. En nombre de los reyes que financiaron su viaje, Colón esperaba negociar. No se encontró con guerreros como los mongoles que habían creado un imperio y amenazaron al mismo Occidente, a Europa. Lo que encontró fue gente casi desnuda, desarmada, buena, crédula, que le ofrecía su amistad. ¿Ángeles o bestezuelas?, se preguntó el genovés. El buscado Gran Khan no existía o estaba muy distante; tampoco se encontró con los aguerridos habitantes de Cipango. Colón comprendió que allí había que incorporarlos como vasallos de los Reyes Católicos y obligados creyentes del cristianismo. Así empezó la conquista y colonización de los indígenas de América y a partir de aquí, la de los indígenas de Asia, África y Oceanía.

Para no contradecir a Colón, se siguió hablando de esta América como de las Indias Occidentales y también se habló de indígenas

y de indigenismo. El *Diccionario* de la Real Academia habla de ambas. "Índigena —dice— es el originario del país de que se trata". En este sentido se puede hablar de los indígenas de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Japón y de cualquier país del mundo como los originarios de esos lugares. De "indigenismo" dice que es "el estudio de los pueblos indios iberoamericanos que hoy forman parte de naciones en las que predomina la civilización europea". Esto es, de los pueblos que en América, y por extensión en Asia, África y Oceanía sufrieron el choque con la expansión europea u occidental. A esta interpretación es a la que se refiere José Carlos Mariátegui. Fue así como el mundo occidental llamó indígena a los hombres con los cuales se tropezó en su expansión, exterminó o puso a su servicio, dando a lo indígena connotación de inferioridad racial, étnica. Lo que se inicia en América se amplía al resto del mundo bajo colonización. No sólo a los primeros habitantes de la región sometida, sino a todo nacido en la misma con independencia de sus orígenes, incluyendo a los europeos o criollos.

El filósofo de la historia Arnold Toynbee nos ofrece desde este ángulo una justa definición de lo indígena, coincidente con la expresada por José Carlos Mariátegui: "Cuando nosotros los occidentales llamamos a ciertas gentes 'indígenas' —dice Toynbee—, borramos implícitamente el color cultural de nuestras percepciones de ellos. Son para nosotros algo así como árboles que caminaron o como animales selváticos que infestaron el país en el que nos ha tocado toparnos con ellos. De hecho los vemos como parte de la flora y fauna local y no como hombres con pasiones parejas a las nuestras; y viéndolos así como cosa infrahumana, nos sentimos con título para tratarlos como si no poseyeran los derechos humanos usuales". ¿Cómo tratarían estos hombres a otros hombres que así veían, para justificar el dominio sobre ellos? "Los trataron —agrega Toynbee—, como sabandijas por exterminar o como animales para domesticar... Todo está implícito en la palabra 'indígenas'... El vocabulario no es evidentemente un término científico, sino instrumento de acción, justificación *a priori* de un plan de campaña... En suma, la palabra 'indígena' es un vidrio ahumado que los observadores occidentales se colocan ante los ojos cuando miran hacia el resto del mundo, a fin de que el halagador espectáculo de una superficie occidentalizada no vaya a ser turbado por percepción alguna de los fuegos indígenas que todavía arden bajo ella".

¿Cómo enfrentar el problema indígena?, pregunta Mariátegui. No como un problema étnico, sino como un problema humano y

por humano, social, contesta. El indígena no es sino un hombre como todos los hombres; un hombre concreto, no abstracto, como lo son todos y cada uno de los hombres de la tierra. Por ello el colonialismo lo primero que hace para imponer su dominio es negar a estos hombres su propia y concreta humanidad y para ello parte de su ineludible concreción, lo que ellos son en concreto y por serlo, distintos de sus conquistadores y colonizadores, para así justificar el dominio sobre ellos. Esto es, si no son semejantes a mí, mi copia exacta, entonces no son hombres como yo; peor aún, son sólo una cosa más de la naturaleza como lo son los vegetales y los animales. Y viéndolos así, los marginan de todo lo que permita a los mismos hacer patente su humanidad, e impiden su relación en un plano de igualdad con otros hombres tan concretos como sus colonizadores.

Para Mariátegui la solución del supuesto problema indígena es verlo como un "problema social". Los indígenas deben ser vistos como hombres concretos que son como todos los hombres, con una etnia, una cultura, una concepción del mundo de las que hay que partir para relacionarlos con otras etnias, culturas y concepciones del mundo, tratando de comprender y hacerse comprender, lo cual no es posible si en lugar de incorporar al indígena a la nación, se lo margina en una supuesta y falsa defensa de su identidad. "A los indios —dice Mariátegui— les falta vinculación nacional. Sus protestas han sido siempre regionales. Esto ha contribuido, en gran parte, a su abatimiento. Un pueblo de cuatro millones de hombres, conscientes de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos cuatro millones de hombres, mientras no sean sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico".

Problema social, humano, es el de la reivindicación del hombre llamado indio, como lo es la del negro africano, el amarillo asiático y todos los hombres diversos entre sí; siempre distintos y por serlo, iguales, semejantes, esto es, hombres. Tal es el humanismo que encontramos en Mariátegui cuando ve el problema indígena como un problema social que a su vez ha de partir del obligado reconocimiento del hombre en la ineludible diversidad de sus expresiones. Así escribió Mariátegui en su libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* en 1928 y lo hizo para enfrentar la manipulación que se venía haciendo de este hombre en beneficio de grupos sociales que simplemente trataban de llenar el vacío de poder explotador que había dejado la Colonia. "Por primera vez —escribe Mariátegui— el problema indígena, escamoteado antes por la retórica

de las clases dirigentes, es ahora planteado en sus términos sociales y económicos, identificándole ante todo con el problema de la tierra. Cada día se impone con más evidencia la convicción de que este problema no puede encontrar su solución en una fórmula humanitaria. No puede ser la consecuencia de un movimiento filantrópico''. Agrega: "Todas las tesis sobre el problema indígena, que ignoran o eluden a éste como problema económico-social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos y a veces no sólo verbales, condenados a un absoluto descrédito. La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene raíces en el régimen de propiedad de la tierra''.

La explotación económica que origina la situación social se ha dado a lo largo de toda la tierra y en todas las sociedades. En Europa, Asia, África, América y Oceanía, siempre han surgido hombres y grupos sociales que tratan de imponer y justificar su dominio sobre otros hombres y sociedades. Lo que no se había dado antes del Descubrimiento en 1492 fue la explotación total que los hombres de un continente, Europa, impondrán primero a un continente entero, América y después al resto del mundo no europeo y occidental, con independencia de la raza y cultura de sus habitantes. Una pequeña parte de los hombres del mundo impuso su dominio al resto del mismo. A nivel mundial hizo lo que se había venido haciendo a nivel regional. Los miserables marginados de España, dice Germán Arciniegas, que no tenían en Europa otro papel que el de siervos, hicieron de los hombres con los que se encontraron siervos, esclavos, cosas por explotar, negándoles su propia y concreta humanidad, como antes habían negado la suya. Para sus cristianos y católicos conquistadores, sólo fueron la encarnación del diablo o gente abandonada por Dios a Satanás. Lo que se podía hacer por ellos era salvar sus almas. Pero por esta salvación justo era que pagasen con sus bienes y trabajo esclavo. "A estos bárbaros —decía Juan Ginés de Sepúlveda— violadores de la naturaleza, blasfemos e idólatras, sostengo que no sólo se les puede invitar, sino también compeler a que reciban el imperio de los cristianos y oigan a los apóstoles que les anuncian el Evangelio. ¿Qué cosa mejor puede suceder a estos bárbaros que el quedar sometidos al imperio de aquellos cuya prudencia, virtud y religión los ha de convertir en hombres civilizados? Esta gente debía, por el contrario, ser exterminada. Y si no se hace esto es porque se busca su humanización y su salvación en otra vida plena. Justo es que paguen por ello. Es justo —sigue Sepúlveda— que a quienes se les ha encomendado esta salvación, se ayuden del

trabajo de los indios para todos los usos, así necesarios como liberales de la vida''.

Así se inicia y se justifica en un continente la explotación de un grupo de hombres y pueblos sobre el resto de los hombres y pueblos de la tierra. Los desgraciados de Europa salían de su miseria, imponiéndola a otros hombres para mejor gloria de sus reyes, emperadores y pontífices. Pero más brutal será la explotación occidental de la que habla Toynbee creando la Leyenda Negra de la explotación española sobre América para imponer la misma explotación sobre la misma América y el resto de la tierra. Aquí no se trata de salvar almas, humanizar bárbaros, sino de utilizarlos como se utiliza a los animales de carga y exterminarlos como se exterminaron las alimañas. A partir de esta utilización y aniquilamiento, la palabra *indígena* fue pura y simplemente una palabra peyorativa, discriminadora, marginadora, por la cual un grupo de hombres explotadores marginaban y explotaban a otros. Importante fue que en el Perú, bajo el gobierno revolucionario del general Juan Velasco Alvarado, se negasen a hablar de indios o problemas indígenas, y hablasen de campesinos y problemas sociales de la tierra. Esto es, de hombres sobre los que había caído la condena esclavista de la explotación de la tierra en beneficio de otros. También valió para otros grupos sociales, para todo nacido en esa región. Gente a la que la colonia dividió no sólo en indios, mestizos y criollos, sino en una multiplicidad de combinaciones que permitía diversificar la explotación.

De 1928 a nuestros días, en que se cumple el centenario del nacimiento de José Carlos Mariátegui, su pensamiento ha dado origen a diversas interpretaciones e inclusive movimientos políticos y sociales en la región y nuestro continente. Se lo relaciona con el pensamiento de su contemporáneo Víctor Raúl Haya de la Torre, creador del aprismo, quien habló de la región como Indoamérica, excluyendo al resto de la población de la América en donde se han dado encuentro diversas razas y culturas que se han mezclado entre sí.

¿Reivindicación de lo indio y de lo indígena? La reivindicación de los primitivos habitantes de la región fue racial y no, como la ve Mariátegui, social. Esto significó amputar, separar, lo que la colonización mantuvo separado y amputado para mantener mejor su dominio. La forma más brutal de separatismo y marginación del hombre de esa región se dice que se inspiró en José Carlos Mariátegui, en el Sendero Luminoso del que él habló concebido como venganza por los largos sufrimientos impuestos no sólo a los indios

sino a todo nacido en la región. Posturas que ahora coinciden con lo que se está expresando en la Europa que descubrió, conquistó y colonizó tierras, para ahora querer excluirlas, marginarlas considerando que sus riquezas y el trabajo servil impuesto no son ya necesarios, sino prescindibles para el continente europeo que sostiene un nuevo autarquismo. Continente cuya ciencia y técnica le permite transformar la materia y así crear lo que necesita sin tener que buscarlo a los otros lados de sus mares. Y una técnica para fabricar robots que hagan mil veces mejor el trabajo impuesto a los indígenas de América y de otras regiones de la tierra.

En los años que precedieron y continuaron la conmemoración de los 500 años del Descubrimiento de América, se hizo patente esta discriminación y autodiscriminación partiendo de una falsa magnificación del indio o el indígena, insistiéndose en la peculiaridad de su raza y su cultura; en los cuales insistieron también quienes le impusieron su dominio y no estaban dispuestos a aceptar que esa identidad, peculiaridad, individualidad, les igualase con ellos para buscar soluciones comunes a problemas comunes, viendo en la humanidad de los otros su propia humanidad.

Nada se quería con gente de otro mundo cuya sangre y cultura eran distintas. Era necesario mantener la exclusión de la gente de otra raza para que la propia mantuviese su predominio. El discurso racista que surge en Europa en la Primera Guerra mundial, Italia y Alemania para manipular a gente derrotada, magnificando su peculiar raza y cultura como resorte para crear un imperio que expulsase a los supuestos culpables del desastre e imponer su raza y cultura. Ahora esto se hace patente en América como supuesta venganza por los sufrimientos infligidos a los primitivos hombres de esta región, combinando lo racial y cultural con doctrinas eurocentristas como el marxismo u orientales como el maoísmo, y al mismo Mariátegui, utilizado como él nunca pudo imaginar.

Movimientos convergentes de una autoexclusión no solo nacional, sino también internacional, contraria a Mariátegui, y más aún en un momento de la historia en que se habla de globalizaciones. Automarginación estimulada y manipulada por europeos y estadounidenses, supuestamente empeñados en resguardar la peculiar identidad étnica y cultural de los pueblos de la región. Lo que también coincide con lo expresado en España, donde se habla de esta misma región como algo ya prescindible. Prescindible para el poder económico europeo, para el cual el continente descubierto hace 500 años es ya innecesario y puede por ello volver al vacío de

donde se considera lo sacaron los descubridores, conquistadores y colonizadores europeos.

El fin de la guerra fría en 1989 hace que se piense que no sólo la América Latina pueda ser enviada al vacío, sino también la América Sajona, Estados Unidos. En la América Latina sus pueblos pueden volver a los dioses indígenas, ritos y costumbres, ya que esto en nada afectará a un mundo en el cual la civilización, el desarrollo, la explotación misma de la naturaleza, incluyendo a los hombres, han culminado y al cual basta vivir de réditos de la misma. Mundo nada dispuesto a compartir con las que fueran sus colonias, que bien pueden pudrirse.

La decisión europea de mandar al vacío de la historia al continente al que impuso su dominio, incluyendo los Estados Unidos, y al resto del planeta, se originó con el fin de la guerra fría, que permitió a Europa romper con la potencia que le venía imponiendo su hegemonía económica y política, como justo pago por la defensa de la integridad europea frente a la Europa del Este y la Unión Soviética. Terminado el peligro, la Europa Occidental buscó poner fin a tal dependencia, una vez que ya no necesitaba de las sofisticadas armas de disuasión de su protector. Europa Occidental no tuvo que entrar en la carrera armamentista de la guerra fría y por ello estaba suficientemente preparada para triunfar en la economía de mercado. No necesita ya de Estados Unidos, ni de América Latina ni del resto del mundo que antes fuera su colonia. Su poderosa ciencia y técnica le permite prescindir de dominadores y dominados. El problema se lo va a plantear la Europa del Este y la desarticulada Unión Soviética. Pueblos ya sin la ideología del socialismo real, que quieren ahora participar en el nuevo orden sin colonias y sin protectores. Se lo plantean también los pueblos que antes fueran sus colonias y se resisten a ser mandadas al vacío. Y los que están dentro de sus propias urbes, las gentes que llevan en sus entrañas para hacer el trabajo sucio que no quieren hacer los europeos. Y se lo va a plantear igualmente la misma potencia que junto con todo el continente americano es considerada prescindible, Estados Unidos.

Dentro de este horizonte es que se vuelve a replantear el problema indígena. Lo va a plantear la misma América, Estados Unidos, la primera nación que en el mundo rompió con el coloniaje europeo en 1776, y que se ha venido imponiendo en el propio continente americano, y que en dos guerras mundiales resultó ser la ganadora absoluta para imponer su hegemonía a una parte de Europa a la potencia comunista que se impone en la Europa del Este. El fin de la

guerra fría derrumbó los muros levantados entre las dos Europas; se puso fin a la economía de guerra y se dio principio a la economía de mercado para la cual estaban mejor preparadas las protegidas potencias de la Europa Occidental y el Japón. Europa Occidental se prepara a su vez a levantar nuevas murallas frente a las pretensiones de la otra Europa, las naciones comunistas y sus antiguas colonias. Pero igualmente frente a su antiguo protector, Estados Unidos.

Estados Unidos se niega a ir al vacío que con el resto de América le parece prescindible a Europa. Estados Unidos necesita de América Latina para entrar en la nueva economía de mercado, de donde fue excluida por Europa y los pueblos de la Cuenca del Pacífico. Son necesarios los quinientos millones de habitantes latinoamericanos, útiles como un posible y gran mercado, el más grande de la tierra. América entera creará un irresistible mercado. Pero ello implica cambiar su relación con América Latina, para hacer de ella el natural mercado de sus posibles productos. Algo que no será posible si esta región se mantiene en el subdesarrollo. Europa Occidental ya lo está haciendo en el viejo continente para crear un gran mercado, integrando regiones más pobres. La nueva relación con América Latina vuelve a plantear el viejo problema indigenista.

¿Están los pueblos de la América Latina capacitados para entrar en la nueva economía con su gran carga de pueblos, víctimas de la vieja explotación colonial externa e interna? No se puede entrar ya con una economía que sólo beneficia a pequeños grupos en detrimento de las antiguas mayorías explotadas. Se trata, por el contrario, de hacer de todos estos hombres gente capaz de consumir lo que una economía de mercado común tendrá que producir. El liberalismo como lo entendía Europa y los viejos imperialistas estadounidenses de la competencia pura y simple del siglo XIX, no puede ser ya la solución. Es necesario un liberalismo social, algo a lo que se opondrán tanto los viejos imperialistas estadounidenses como los grupos sociales que en Latinoamérica encontraban su provecho en la explotación colonial impuesta por Iberia a lo largo de tres siglos y continuada por la neocolonización occidental de los siglos XIX y XX.

En Estados Unidos los opositores al Tratado de Libre Comercio que se inició con México alegan que no es posible ni lógico asociar pueblos de economías tan diferentes y distantes como las de México y Estados Unidos. Lo lógico, dicen, es la asociación con naciones económicamente fuertes como Alemania y Japón. Salvo que son estos países los que están excluyendo a Estados Unidos dentro de esa

economía. Se alega que pobreza como la de México, la de América Latina, sería atractiva para las industrias estadounidenses, pero originaría la desocupación del proletariado estadounidense. Se dice que en lugar de terminar con la miseria en Latinoamérica, se extendería la misma a los Estados Unidos, que se considera no la tiene.

En Estados Unidos y Latinoamérica surgen defensores de esta miseria, vista como una forma de identidad que deberá ser preservada, tal como se preservan las especies. La industrialización que busca el Tratado afectará la identidad de los primitivos habitantes indígenas. Aunque son éstos, precisamente, no como indígenas, sino como campesinos, los que emigran y abandonan tierras que no pueden hacer producir por falta de elementos. De toda América Latina sale gente que trata de entrar a Estados Unidos legal o ilegalmente para hacer todo el trabajo sucio del campo y de la fábrica. Desplazamiento que origina a Estados Unidos problemas de los cuales se quejan los gobernantes de los Estados fronterizos con México, que insisten en levantar muros de contención y en la abierta persecución y discriminación de indocumentados. ¿Es ésta la identidad que se quiere preservar? Pura y simplemente, al uno y al otro lado de la frontera se quiere simplemente mantener la vieja forma de explotación de la que nos habló Mariátegui.

Los enemigos del Tratado en Estados Unidos vuelven a alegar viejos prejuicios raciales respecto a la identidad de los indígenas para entrar en la modernidad, la cual debe ser mantenida y protegida. "Los pueblos asiáticos —ha dicho ya Mariátegui— a los cuales no es inferior en un ápice el pueblo indio, han asimilado admirablemente la cultura occidental, en lo que tiene de más dinámico y creador, sin transfusiones de sangre europea". Mariátegui alude al proyecto civilizador de los argentinos Sarmiento y Alberdi. El ser indio o criollo no es ni un bien ni un mal, simplemente es un modo concreto de ser hombre en esta región de América en que se han encontrado diversas razas y culturas y se mezclan de muchas formas. La Raza Cósmica de que habla José Vasconcelos tampoco es un mal o un bien, sino una forma concreta de ser hombre. Los asiáticos, en nuestros días, no sólo han igualado la cultura occidental, sino la han superado y pueden competir ahora con sus maestros sin tener que renunciar a su peculiar identidad. Han hecho del modo de producción asiático, que diría Marx, instrumento para entrar al modo de producción capitalista.

Lo que se plantea en Perú, México y América Latina es el problema de la incorporación de esta región a la modernidad. Esto es,

el uso de la naturaleza al servicio del hombre. Salvo que para Europa, el Mundo Occidental, los otros hombres y pueblos con los que se encontró en su expansión son vistos como parte de la naturaleza por explotar. El problema es el de cómo entrar a la modernidad sin ser instrumento de los adelantados de la misma. En países donde la presencia indígena es poca como en el Cono Sur, los sostenedores del proyecto civilizador trataron simplemente de romper con un pasado y una identidad considerada como impuesta. El positivismo fue utilizado en varias regiones como un lavado de cerebro, que se llamó emancipación mental de hábitos y costumbres impuestos por el coloniaje ibero en América.

En países como México y el Perú, la ruptura con el pasado se hizo patente en el proyecto positivista cuyo fracaso se aceptó al finalizar el siglo XIX. Por el contrario, el pasado, la experiencia vivida, por negativa que fuera, debería ser el punto de partida e instrumento para su negación y superación asimilando la misma. En México no se puso el acento en el mestizaje racial sino en la forma que expuso magistralmente José Vasconcelos en su libro *La raza cósmica*, como asunción de la diversidad sin anular lo que se es en concreto. En el Perú se ha buscado la reivindicación del extraordinario y glorioso pasado, el Indígena. Potenciar lo positivo de los descendientes de esta raza, en lugar de verlos como una carga, como los vio Alcides Arguedas de Bolivia. En este camino marcha el pensamiento de Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. Reivindicar y apropiarse de este pasado sería una forma de entrar a la modernidad. No se dejaba de ser peruanos e indoamericanos sino que se entraba a la modernidad superando el neocolonialismo impuesto por los creadores de la modernidad y los colonialistas occidentales. Aceptarlos para asimilarlos y superarlos. Coincidió con el discurso de Marx respecto a los pueblos bajo coloniaje, los que para entrar al socialismo tendrían previamente que alcanzar el desarrollo del Mundo Occidental o ser colonizados por el mismo. Pasar por las horcas caudinas del eurocentrismo.

Mariátegui ve en la modernidad la meta, pero a partir de una concepción marxista. No ve en el indio al pasado absoluto de la región como ve Haya de la Torre, sino un modo de ser concreto del hombre de esta región. El peruano como heredero de un gran pasado indígena, creador de un socialismo original que debería ser asimilado e integrado a la experiencia del marxismo. El marxismo de Mariátegui no fue por supuesto comprendido por los herederos del marxismo en Europa, los realizadores del socialismo real que el

tiempo pondría en crisis. Mariátegui ve el pasado como una experiencia en la que el colonialismo español, lejos de hacer del mundo con el que se había encontrado punto de partida para algo distinto del mundo del que provenía, lo canceló e impuso el propio incluyendo sus propias negociaciones.

El coloniaje español no formó —sigue— una sociedad feudal de la que se habría derivado la posibilidad de entrar a la modernidad. Simplemente hizo del indígena un esclavo, negando lo que era su propia identidad. “Que el régimen colonial español resultara capaz de organizar en el Perú una economía de puro tipo feudal, se explica claramente —agrega—. No es posible organizar una economía sin claro entendimiento y segura estimación, si no de sus principios, al menos de sus necesidades”. En su lugar creó una economía esclavista poniendo al agricultor “en las minas y ciudades”. “Los españoles establecieron con el sistema de las ‘mitas’, el trabajo forzado, arrancando al indio de su suelo y de sus costumbres”.

Según Mariátegui “el régimen de propiedad de la tierra determina el régimen político y administrativo de toda nación. El problema agrario que la República no ha podido hasta ahora resolver domina todos los problemas de la nuestra. Sobre una economía semi-feudal no pueden prosperar ni funcionar instituciones democráticas ni liberales”. Esto es precisamente lo que caracteriza a la modernidad. “En lo que concierne al problema indígena, la subordinación al problema de la tierra resulta más absoluta aun por razones especiales. La raza indígena es una raza de agricultores. El pueblo incaico era un pueblo de campesinos dedicados ordinariamente a la agricultura y al pastoreo”. Para los incas “la vida viene de la tierra”. “La destrucción de esta economía y por ende de la cultura que se nutría de su savia es una de las responsabilidades del coloniaje por no haber traído consigo su sustitución por formas superiores... Los indígenas fueron reducidos a la servidumbre y al *fellahismo*”. El coloniaje, impotente para organizar en el Perú al menos una economía feudal, injertó con ésta elementos de economía esclavista.

Esto obviamente ha impedido la entrada a la modernidad y con ella al socialismo del que habla Carlos Marx como superación del capitalismo. Pero ¿en dónde está el origen de este mal, de este error? Mariátegui sigue, a pesar de sus críticas, al proyecto civilizador sudamericano. Explica que este atraso está en la incapacidad del español para hacer en América del Sur lo que el coloniaje sajón había hecho en Norteamérica. Incapacidad que parece ser innata a la raza e identidad del conquistador ibero. Los civilizadores

argentinos culpan también de este atraso a los indígenas, al negro africano, al explotador español y al mestizaje en la región bajo su dominio, lo que originó la barbarie.

“El español —dice Mariátegui— no tenía las condiciones de colonización del anglosajón. Estados Unidos es obra del *pioneer*. España, después de la epopeya de la conquista, no nos manda sino nobles, clérigos y villanos. Los conquistadores eran de estirpe heroica, los colonizadores no... Se sentían señores, no se sentían *pioneers*”. Esto explicaría la facilidad de los anglosajones para la modernidad, para la que fueron inhábiles los españoles y los pueblos por ellos colonizados. Pero la razón es otra, los sajones sólo vieron en los pueblos indígenas parte de la flora y fauna, parte de la naturaleza para utilizar o desbrozar, porque conquistaron una región del Nuevo Continente poblada por pueblos nómadas, sobre los cuales no era posible imponer trabajo alguno que no hiciesen los propios colonizadores. Los españoles, por el contrario, conquistaron tierras que tenían dueños que trabajaban y tenían conciencia de propiedad y de sus frutos. El ibero no tuvo y no quiso hacer otra cosa que aprovechar lo que ya se hacía en su peculiar y limitado provecho y en el de la metrópoli. No estaba motivado para hacer lo que el anglosajón hizo sobre tierras sin dueño, habitadas por gente que vivía circunstancialmente de la tierra, y no sabía trabajarla, gente a la que destruyó, acorraló y encerró en reservaciones como animales de zoológico. El español explotó al indígena, lo mismo en el campo que ya trabajaba como en las minas y cualquier otra forma que la teología de dominación consideró justo pago para la salvación de su alma.

¿Qué habrían hecho los anglosajones de conquistar tierras pobladas y civilizadas como las de México y el Perú? Simplemente lo que hicieron en su expansión sobre el Asia, explotar a sus hombres para sacar la riqueza que consideraron necesaria. En cuanto a la identidad cultural de estos pueblos, su cultura las dejó intocadas, no estaba en sus planes salvar o civilizar hombres y pueblos; simplemente buscaban trabajo esclavo y materias primas. Por ello en la América del Sur, tanto en el Brasil con pueblos indígenas atrasados como en las pampas platenses pobladas por nómadas, se habló de imitar la hazaña de los pioneros de Norteamérica. Barrer a los nómadas indígenas, pero también a las razas diversas a que dio origen el coloniaje español, esto es, a indios, españoles, africanos y mestizos. Hacer lavados de cerebro, pero también de sangre. Traer a esta región a gente como la que se suponía había hecho posible la

civilización de los Estados Unidos. En especial anglosajones, que deberían ser atraídos a esta región del Sur como lo fueron en la del Norte. Pero no fue ésta la inmigración que llegó, sino la de los desocupados en Europa por la industrialización, el capitalismo salvaje de la Europa no anglosajona.

Esta gente no llegó a Sudamérica a tierras desocupadas por pueblos nómadas, sino tierras ya repartidas en latifundios como producto de la neocolonización interna. A ellos llegaron sólo para hacerlas producir, pero para el beneficio de los latifundistas y no el propio como en Norteamérica. Los emigrantes europeos no vinieron a la América del Sur sino a tomar el lugar que en el altiplano tenían los sedentarios pueblos indígenas bajo el coloniaje español. Por ello no fue por este camino que la América del Sur se incorporó a la modernidad, paso previo al socialismo en José Carlos Mariátegui. Esto no fue posible en las llanuras del Sur, pero menos lo sería en el altiplano andino en el que cualquier inmigración sólo haría lo que antes indígenas y africanos habían hecho antes, el trabajo pesado que no querían hacer los dueños de las tierras. De ello habla José Carlos Mariátegui cuando dice "ni el más miserable labrador de Polonia o de Rumania aceptaría el tener la vida de nuestros jornaleros de las haciendas de caña de algodón".

Fue en 1928 que José Carlos Mariátegui escribió esta obra. A partir de ella surgieron diversas interpretaciones respecto a la incorporación de esta región a la modernidad como peldaño al socialismo. En los últimos tiempos, el problema de la modernidad y su entrada a la misma se vio también desde otro ángulo, como lo hizo el filósofo peruano Augusto Salazar Bondy, planteando el viejo problema de la posibilidad de una filosofía de esta región de América; problema que equivale a replantear el problema de la Humanidad del hombre de la región. El hombre, dice Aristóteles, se distingue del resto de la Naturaleza por la razón, esto es, por la capacidad de razonar, objetivar el mundo en que vive y sobre sí mismo. ¿Tiene el hombre de esta región tal capacidad? ¿Es hombre? Juan Ginés de Sepúlveda lo puso en duda como lo hicieron todos sus explotadores. A este hombre lo llamará homúnculo, hombreccillo, menos que hombre. Diminutivo válido tanto para el indígena como para todo nacido en la región. De allí la pregunta ¿Es posible una filosofía de nuestra América? Esto es, ¿son o no hombres las gentes de esta región? Augusto Salazar Bondy lo replantea en su libro *¿Existe una filosofía de nuestra América?*

Salazar Bondy responde a esta preocupación afirmando la necesidad de crear un filosofar que, como todo filosofar, parta de

la propia y concreta realidad, "la filosofía que hay que construir —dice— no puede ser una variante de ninguna de las concepciones del mundo que corresponde a los centros de poder de hoy, ligadas como están a los intereses y metas de esas potencias". Por el contrario "es preciso forjar un pensamiento que arraigue en la realidad histórico-social de nuestras comunidades y traduzca sus necesidades y metas, sirva como medio para cancelar el subdesarrollo y la dominación que tipifican nuestra condición humana". Así, frente a la filosofía impuesta, derivada de los centros de poder, será menester crear una filosofía que partiendo de la propia y concreta realidad nos libere de ese poder. Desde este punto de vista, "nuestra filosofía —agregó— con sus peculiaridades propias, no ha sido un pensamiento genuino y original, sino inauténtico e imitativo en lo fundamental". ¿Cómo alcanzar la autenticidad y originalidad del filosofar de esta región? En otras palabras, ¿cómo demostrar que somos una expresión concreta de lo humano? "La constitución de un pensamiento genuino y su normal desenvolvimiento —dice— no podrán alcanzarse sin que se produzca una decisiva transformación de nuestra sociedad mediante la cancelación del subdesarrollo y la dominación".

¿Cómo entiende Salazar Bondy este obligado paso de un filosofar inauténtico, imitativo, a un filosofar auténtico que ponga fin al coloniaje, la dominación y el subdesarrollo? "En el gran campo de la competencia mundial —escribe— son cada vez más hondas las diferencias que separan a los países subdesarrollados de los desarrollados, a los países industriales de los proletarios, y por tanto cada vez más ruda y permanente la sujeción de los segundos a los primeros y más grave la alineación del ser de las naciones dominadas entre las cuales se cuentan las de la América indo-hispana".

Surge una pregunta por lo que difiero con Salazar Bondy, ¿se trata pura y simplemente de apropiarse del desarrollo, la civilización, el progreso de Europa y el Mundo Occidental?, y ¿a partir de esta apropiación seremos capaces de filosofar como cualquier hombre del mundo desarrollado, capitalista? En el mismo sentido lo plantean también José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, lo cual implica aceptar la condición establecida por Marx para poder pasar del subdesarrollo al desarrollo, apropiarse del modo de vida de los usufructuarios del capitalismo. Esto es, pasar por las horcas caudinas del capitalismo. Así lo entiende el filósofo estadounidense Richard Rorty, según el cual sólo alcanzando este desarrollo se podrá filosofar auténticamente, ya sin problemas, como

puro y simple juego, *divertimento*, pasatiempo. Pero ¿esto es un filósofo auténtico? La historia nos muestra que todo auténtico filósofo ha sido angustioso, ha surgido del afán por saber de aquello que acongoja al hombre y le urge a darle solución. Así fue desde los presocráticos hasta nuestros días. Permanente enfrentamiento a problemas de los que depende la existencia del único ente capaz de hacer filosofía, el hombre.

¿Pero cómo entrar al desarrollo? ¿Cómo poner fin a los problemas del subdesarrollo? En el drama de Shakespeare *La Tempestad*, Próspero decía a Calibán: "¡Hagas lo que hagas, nunca serás mi semejante!". Traducido a nuestros días sería: "¡Hagas lo que hagas, nunca será desarrollado, porque esto limitaría mi desarrollo!". En los últimos años el Mundo Occidental, supradesarrollado, viene afirmando el fin de la historia y con ella el fin del desarrollo. La historia termina para los que triunfaron en ella y sólo se continúa como maldición en los pueblos que no pudieron alcanzar tal desarrollo. En Brasil, en el Congreso de Ecología, el presidente George Bush habló del fin de la explotación de la naturaleza, reconociendo la brutalidad con que la misma había sido explotada por los pueblos desarrollados. Pero la naturaleza no aguanta más y está pasando ya la cuenta a sus explotadores. La explotación debe terminar. Los países desarrollados sólo podrán ya vivir de los réditos de esta explotación, pero ¿y los pueblos explotados no fueron por ello capaces de participar en esta explotación en el Tercer Mundo, incluida América Latina? Estos pueblos simplemente deberán abstenerse de continuar con una explotación que la naturaleza no soporta más y que sólo puede originar la catástrofe. ¿Qué hacer? ¿Compartir los frutos del desarrollo con los que no lo han alcanzado? Por supuesto que no.

El triunfo absoluto del sistema que se levantó sobre la explotación de la naturaleza y los pueblos vistos como parte de ella, también ha terminado. Los pueblos explotados ya son prescindibles. Durante las conmemoraciones del V Centenario del Descubrimiento de América, ya se habló en Europa de enviar al vacío de la misma historia a los pueblos entonces descubiertos y los que sufrieron a continuación la expansión colonial: Asia, África y Oceanía. Europa no necesita ya del trabajo de los hombres de las que fueran sus colonias, se basta a sí misma. Las nuevas industrias pueden transformar al infinito las materias ya explotadas en nuevas materias. Es el fin de la explotación de la naturaleza, y de los hombres vistos como parte de ella. Su técnica creó también máquinas capaces de producir más

y con poco gasto el trabajo hasta ayer impuesto a los millones de condenados a la esclavitud a lo largo de la tierra, prescindibles.

En 1989 se puso fin a la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El primero lo vio como el absoluto triunfo del sistema liberal-capitalista por él mantenido. Hicieran lo que hicieran los pueblos bajo subdesarrollo, no podrían superar su condición. Lo acumulado no podía ser compartido, porque la miseria se extenderá a toda la tierra. Frente a esta situación, ¿qué puede hacer nuestra filosofía?

La afirmación de superioridad de un sistema, de unos pueblos sobre otros ha llevado en los últimos años a una situación no prevista por tal arrogancia. Los fuegos de la industrialización deben ser mantenidos, de ser posible ampliados. Habrá siempre que producir y producir hasta el infinito, porque si no vendrá la desocupación y con ello la miseria. Pero una producción que implica capacidad de consumo de la misma, la cual ya rebasa la capacidad de los propios productores de la mercancía. Ya no se trata tanto de producir como de consumir lo producido. Lo uno, pero también lo otro, debe ser sostenido para que el sistema mantenga su marcha y existencia. La búsqueda de consumidores de mercado es tan importante como la capacidad de producir. Búsqueda que está dando origen a una situación semejante a la que se planteó al final del siglo XIX e hizo explosión en el siglo XX como la Primera Guerra mundial, la disputa por mercados semejantes. Estados Unidos, que en 1989 se declaraba triunfador absoluto del sistema, se ve ahora excluido de los mercados por las naciones antes protegidas con sus armas en Europa y Asia. Sus protegidos son los que han alcanzado un desarrollo extraordinario en la economía de mercado, la fabricación de productos domésticos que pueden ser consumidos en todos los posibles mercados de la tierra.

En este sentido Estados Unidos, con el resto de la América, parecían ya pasar en 1992 al vacío de la historia que se inició en 1492. Los Estados Unidos tienen ahora conciencia de que los mercados que pierden en Europa y Asia podrán encontrarlos en los pueblos que hasta ayer formaban el traspatio de sus intereses: Latinoamérica. Un mercado de 500 millones de posibles consumidores. A partir del cual los Estados Unidos podrán imponer sus propias condiciones a otros centros de poder del sistema capitalista competitivo. Esto hace necesarios a los pueblos vistos en 1989 como prescindibles. Necesarios no por sus materias primas y mano de obra barata, sino por su posible capacidad para consumir lo que aceleradamente y sin descanso tiene que producir el sistema. Pero esto

sólo será posible si dejan de ser pueblos explotados, la miseria no origina consumidores. Para serlo, deberán ser gente capaz de consumir y para ello participar en el sistema de otra forma que no sea la de su explotación.

Para ello habrá que integrar economías desiguales e igualarlas, como ya se viene haciendo en la Europa Occidental. Ha sido la resistencia de esta Europa a incorporar las atrasadas economías de la Europa del Este, lo que ha originado tragedias como las de Yugoslavia y la desarticulada Unión Soviética. Tragedias que amenazan al mismo sistema capitalista europeo que ahora enfrenta el reclamo de su integración de la otra Europa, pero también de los pueblos que fueron sus colonias y de la gente que llevó a sus propias entrañas para hacer el trabajo sucio del sistema. ¿Qué hacer? Lo que ya está haciendo a regañadientes Estados Unidos, tratar de llevar al desarrollo continental a pueblos que antes lo intentaron inútilmente.

Esta situación está originando que el Mundo Occidental preste especial atención a nuestro peculiar filosofar, que incluye a Mariátegui y Salazar Bondy. Allí se plantean problemas de identidad que eran vistos como inauténticos problemas filosóficos. Problemas que se están planteando al Mundo Occidental, tanto en Europa como en Estados Unidos. Dentro de sus propias entrañas están brotando problemas de identidad con demandas de reconocimiento de formas de ser del hombre antes insospechadas. Los marginados de la tierra, no sólo en los países bajo subdesarrollo, sino dentro de los mismos pueblos desarrollados, se están haciendo presentes y planteando cuestiones que parecían ser exclusivas de nuestro peculiar filosofar. ¿Quién soy? ¿Qué clase de hombre soy en relación con otros hombres? Pues son precisamente estos otros hombres los que han puesto en crisis las pretensiones de universalidad de otro peculiar modo de filosofar, tan concreto como lo es el de todo filósofo, el propio de hombres.